



rian á D. Enrique: la mayor parte sustentaba la opinion de D. Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados, y de miedo de la gente de guerra que tenía allí de guarnicion, que eran muchos ballesteros y seiscientos hombres de armas, cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo, alguacil mayor de la misma ciudad. Tenía D. Enrique en su ejército mil hombres de armas: con estos y con la infantería, que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo, y tenerla cercada. Tenía por cierto que apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demas le sería fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del Setentrion á lasaldas de la ciudad: puso muchas compañías en los montes que están á la otra parte del rio Tajo: este gran rio como con un compás, rodea las tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del Levante, y revuelve hácia mediodía y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros, y se favoreciesen en tiempo de necesidad, mandó fabricar un puente de madera que fué despues muy provechoso. Los toledanos sufrían constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á D. Enrique, mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los más nobles de Toledo.

La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia á D. Pedro, seguía la parte de D. Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario, que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para ir á cercar. Envióle M. homad gran número de moros jinetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad, y la apretó de manera que un

dia estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serían tratados si fuesen vencidos; y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los moros, que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad: á muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien léxos. Señaláronse mucho este dia en valor las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron, ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos é hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brío y coraje que pudieron recobrar la ciudad que ya se perdía, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos.

Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco: D. Pedro se fué á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia más despacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba: el rey de Granada, sin que D. Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Úbeda, que á imitacion de Córdoba seguían el bando de don Enrique taló; otrosí lo más de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto que fué fama que en sola la villa de Utrera fueron más de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se via estar llena de llantos y miseria: por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de D. Pedro.

**Que el rey D. Pedro fué muerto.—D. Pedro resuelve buscar á su enemigo y darle la batalla.—Es muerto por D. Enrique en la misma tienda de Claquin.—Que D. Enrique se apoderó de Castilla.—Toledo se rinde.—Cómo murió D. Tello.—Los portugueses desde Ciudad-Rodrigo hacen correrías en las cercanías de esta ciudad.—D. Enrique la pone sitio y no la puede tomar.—De las bodas del rey de Portugal.—D. Enrique pone sitio á Carmona.—Se ponen en fieltad los pueblos sobre los cuales era la diferencia, hasta que el papa pronunciasse la sentencia.—De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.—Una nueva guerra amenaza á D. Enrique de parte del rey de Aragon.—El papa envia un cardenal para concertarlos.—Se conciertan las paces por medio del legado del papa.—De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.—Procura apartar de la amistad de la Francia al rey D. Enrique.—Hacen las paces los reyes de Castilla y Aragon.—Algunos casamientos de príncipes.—El papa Gregorio XI restablece su silla en Roma.—Beltran Claquin vende al rey D. Enrique las ciudades y pueblos que le habia dado.**

El rey D. Pedro desamparado de los que le podían ayudar, y sospechoso de los demas, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla: sabia muy bien que los reinos se sustentan y conservan más con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teniale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo: estaba aquejado y pensaba cómo mejor podría conservar su reputacion: esto le confirmaba más en su propósito de ir en busca de su enemigo y dale la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla: decíanle que se destruía y se iba derecho á despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército y esperar las gentes que cada dia vendrían de sus amigos y de los pueblos que tenían su voz. Esto que le aconsejaban, era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegáran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigallas.

Estando en este aprieto, sucedióle otro de-

### CAPÍTULO III

sastre, y fué que Vitoria, Salvatierra y Logroño, que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra, y por falta de socorro por estar D. Pedro tan léjos, se entregaron al navarro. Ayudó á esto D. Tello, el cual si estaba mal con D. Pedro, no era amigo de su hermano D. Enrique, y así se entretenía en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuvie e (como dijimos) dividida en aficiones, algunos de los que favorecian á D. Enrique intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dale entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo cual los de un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á ir á socorrer, por no hallarla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus



tesoros, y con sus hijos D. Sancho y D. Diego llevarlos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía y está cerca de Sevilla.

Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército, y aprestó su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos (mal pecado), eran moros, y de quien no se tenía entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brío y gallardía que fuera necesario. Dicese que al tiempo de su partida consultó á un moro sabio de Granada, llamado Benagatin, con quien tenía mucha familiaridad, y que el moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin, hombre inglés, que vivió ántes de este tiempo, como cuatrocientos años. La profecía contenía estas palabras: «En las partes de Occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora y robadora, y tal, que todos los panales del mundo querrá recoger en sí, todo el oro del mundo querrá poner en su estómago, y despues gormarlo há, y tornará atrás. Y no perecerá luégo por esta dolencia; caérsele han las péñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de puerta en puerta, y ninguno la querrá acoger, y encerrarse há en la selva, y allí morirá dos veces, una al mundo y otra á Dios, y desta manera acabará.» Esta fué la profecía, fuese verdadera ó ficción de un hombre vanísimo, que le quisiese burlar: como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias.

El rey D. Pedro con la hueste que hemos dicho, bajó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los Oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por D. Enrique la venida de D. Pedro, dejó á D. Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él, con dos mil cuatrocientos de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de D. Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está á cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros, que traía de Francia: importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran

soldados viejos y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí D. Gonzalo Mejía, maestre de Calatrava, y otros señores principales, que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria.

Partió D. Enrique con esta caballería: caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos ántes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenían tan cerca á D. Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hubiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos: á esta causa no se fiaban los unos de los otros: recelábanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes, con mucha priesa y turbacion, hicieron recoger los más de los soldados que tenían alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y méno gana con que servian. Al salir del sol formaron sus escuadrones de ámbas partes, y animaron sus soldados á la batalla. D. Enrique habló á los suyos en esta sustancia: «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reino, ó nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, porque de cualquiera manera que nos avenga, serémos bien librados: con la muerte saldremos de tan inmensos é intolerables afanes como padecemos: con la victoria daremos principio á la libertad y descanso que tanto tiempo há deseamos. No podemos entretenernos ya más, si no matamos á nuestro enemigo: él nos ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la ternemos por dichosa y dulce si fuere ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un necesario tributo, que es la muerte: ésta no se puede excusar; empero los tormentos, las deshonras, afrentas é injurias, evítaralas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzaréis una gloriosa victoria, ó quedaréis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No vean tal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales caballeros. Mas qué muerte tan desastrada y miserable nos puede venir, que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigos que



nos concederá partidos razonables, ni áun una tolerable servidumbre cuando queramos ponernos en sus manos: ya sabeis su increíble crueldad, y teneis bien á vuestra costa experimentado cuán poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni más alegre, que la que solemniza con sangre y muertes, con ver destrozarse los hombres delante de sus ojos. ¿Por ventura habémoslo con algun malvado y perverso tirano, y no con una inhumana y feroz bestia, que parece ha sido agarrada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga á hacer nuevas muertes y destrozos? Confío en Dios y en su Apóstol Santiago, que ha caido en la red que nos tenía tendida, y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que en nos tiene hecha: mirad, mis soldados, no se os vaya; detenella, no la dejeis huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra miserable patria, que la tiene desierta y asolada: vengad la sangre que ha derramado de vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confíad en Nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrilegamente ha muerto, que os favorecerá para que castigúeis tan enormes maldades, y le hagais un agradable sacrificio de la cabeza de un tal monstruo horrible y fiero tirano.»

Acabada la plática, luégo con gran brío y alegría arremetieron á los enemigos: hirieron en ellos con tan gran denuedo, que sin poder sufrir este primer ímpetu, en un momento se desbarataron. Los primeros huyeros los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey D. Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos más fueron los que perecieron en el alcance; de los cristianos no murió sino un sólo caballero. Ganóse esta victoria un miércoles, catorce dias de Marzo del año mil trescientos sesenta y nueve. D. Enrique, visto cómo D. Pedro se encerró en la villa, á la hora se le hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se le pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que

tenian, les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseosos de que se acabase presto el cerco.

Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podria huirse del castillo más á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastámara: decíase Men Rodriguez de Sanabria; por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de doscientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á D. Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó este Beltran: decia que si tal consistiese, incurriria en perpétua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien más se fiaba, le aconsejaron que contase á D. Enrique todo lo que en este caso pasaba: tomó su consejo. D. Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á D. Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba: concertaron la noche: salió D. Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin, con más miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenía, dicen se le aumentó un letrado que leyó poco ántes, escrito en la pared en la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenía estas palabras: «esta es la torre de la estrella:» ca ciertos astrólogos le pronosticaron que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la destes adevinos, y como despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas.

Lo que se refiere que le pasó con un judío médico, es cosa más de notar. Fué así que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reinos, y que sería muy dichoso. Despues, cuando estuvo en lo más áspero de sus trabajos, díjole: ¡Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos! Respondió el astrólogo: Aunque más hielo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la volun-



tad y acciones de los hombres son más poderosas que las inclinaciones de las estrellas.

Entrando, pues, D. Pedro en la tienda de D. Beltran, dijole que ya era tiempo que se fuesen; en esto entró D. Enrique armado; como vió á D. Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenía alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es ménos, sino que los que se hallaron presentes, entre miedo y esperanza, vacilaban. Un caballero frances dijo á D. Enrique señalando con la mano á D. Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. D. Pedro, con aquella natural ferocidad que tenía, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entónces D. Enrique sacó su daga, y dióle una herida con ella en el rostro; vinieron luégo á los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que D. Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar, cosa que pone grima; un rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo; ¡extraña hazaña! Á la verdad, cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable, y en ella se hecha bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué éste un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen, y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios, no solamente con el odio y mala voluntad con que miétras viven son aborrecidos, ni sólo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son enteramente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas, sin descanso, serán para siempre atormentadas.

Frossarte, historiador frances deste tiempo, dice que D. Enrique, al entrar de aquel aposento, dijo: ¿Dónde está el hideputa judío que se llama rey de Castilla? Y que D. Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey D. Alonso. Murió D. Pedro en veintitres dias del mes de Marzo, en la flor de su edad, de treinta y cuatro años y siete meses: reinó

diez y nueve años ménos tres dias. Fué llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues, en tiempo del rey don Juan el II, le trasladaron por su mandado al monasterio de Santo Domingo el Real de Madrid, de la órden de los predicadores. Prendieron despues de muerto el rey D. Pedro, á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo, hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodriguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos, no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras; uno destos fué D. Martin Martinez de Calahorra, canónigo de Toledo y arcedian de Calatrava, dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los reyes viejos de aquella Iglesia, con un letrero en su sepulcro, que dice como por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo no quiso aceptar el obispado de Calahorra, para el cual fué elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella Iglesia.

Con la muerte del rey D. Pedro, enriquecieron unos y empobrecieron otros; tal es la usanza de la guerra, y más de la civil; todas las cosas, en un momento, se trocaron en favor del vencedor; dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazón necesidad de bastimentos; acordaron de hacer sus pleitesias con los de D. Enrique, que los tenía cercados; entregáronles la ciudad y todos se pusieron en la merced del nuevo rey, pues con la muerte de D. Pedro se entendia quedaban libres del homenaje y fidelidad que le prometieran. Entre los príncipes extranjeros, se levantó una nueva contienda sobre quién tenía mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenian todos en que D. Enrique no tenía accion á ellos por el defecto de su nacimiento; demas desto cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que más pudiese apañar, que desta suerte suelen adquirirse nuevos reinos y aumentarse los antiguos.

El rey de Navarra, segun poco há dijimos, se apoderára de muchos y buenos pueblos de



Castilla; al rey de Aragon, por traicion de los alcaides, se le entregaron Molina, Cañete y Requena; el rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba rey de Castilla y de Leon por ser sin contradiccion alguna visnieto del rey D. Sancho, nieto de doña Beatriz su hija; teníase ya por él Ciudad-Rodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy, en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á D. Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temia era de Inglaterra y Guiena, á causa que Juan, duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gáles, se casára con doña Constanza, hija del rey D. Pedro, y el conde cantabrigense, hermano tambien del mismo príncipe, tenía por mujer á doña Isabel, hija menor del mismo, habidas ambas en doña María de Padilla. Desta suerte, dentro del nobilísimo reino de Castilla, se temian discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras.

El remedio que estos temores tenían, era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como D. Enrique fuese sagaz, y entendiese que era esto lo que le cumplia, luégo que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á Sevilla, do fué recebido con gran triunfo y alegría. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, excepto la villa de Carmona, en que D. Pedro dexó sus hijas y tesoros, y por guarda al capitán Martin Lopez de Córdoba, maestre que se llamaba de Calatrava; que todavía hacia las partes de D. Pedro aunque muerto. En los dias que el rey D. Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos pidió treguas al rey moro de Granada, no sin disminucion y nota de la majestad real; más la necesidad que tenía de asegurar y confirmar el nuevo reinado, le compelió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor.

No se concluyó desta vez nada con el moro: por esto puesto buen cobro en las fronteras, y asentadas las cosas de Andalucía, el nuevo rey volvió á Toledo por tener aviso que de Búrgos eran allí llegados la reina su mujer y el infan-

te su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debía á los soldados extraños, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel, por el buen servicio que hizo en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que más se pudo, del tesoro del rey, y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes extraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano, y se le dieron á D. Enrique; palabras al rey afrentosas, y para el reino soberbias: la dulzura del reinar hacia que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el rey labrar dos géneros de moneda, baja de ley mala, llamada cruzados la una, y la otra reales: traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy pernicioso y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy excesivas. Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres.

Todas estas dificultades vencia la afabilidad, blandura y suave condicion de D. Enrique, sus buenas y loables costumbres; que por excelencia le llamaban el caballero: ayudábanle otrosi á que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenía grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le tenía, las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacia. Por donde entre los reyes de Castilla él sólo tuvo por renombre el de las Mercedes: honroso título con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. Á la verdad, fué necesario hacerlo desta manera para asegurar más el nuevo reino, y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ganarle, y tuvieron su parte en los peligros: ocasion de que en Castilla muchos nuevos